REFLEXIÓN II

EL SACRIFICIO.

Oblatus est quia ipse voluit.
Se ofreció porque Él mismo quiso.
ISAIAE. LIII, 7.

I

PLUTARCO, filósofo gentil de la antigüedad, observando el constante y unánime consentimiento de todos los pueblos acerca de la existencia de una Deidad Suprema, por quien se gobierne el universo, y de quien penda el orden invariable de la naturaleza, "hallareis, decía, pueblos sin murallas, sin literatura, sin reyes; pueblos sin casas, sin moneda, que no tengan idea alguna de teatros ni de gimnasios; pero nunca encontrareis pueblos sin Dios; que no tengan que prestar juramento; que no digan plegarias ni hagan sacrificios: nunca se vió uno de estos pueblos; nunca se verá: creo que antes existiría un pueblo sin suelo que sin religión."[1]

1 Contra Colot. XLIX.

Este ilustre testimonio, homenaje sincero rendido á la verdad, ha sido conservado por la historia, para presentarlo á los genios rebeldes de los siglos que viene atravesando, siempre que, ciegos de orgullo, aparentan afiliarse bajo la negra bandera del ateismo.

En cuanto á nosotros, que felizmente hemos sido ilustrados por la recta filosofía y por la fe, cada instante leemos en el grandioso libro del universo, abierto á nuestra vista, estas consoladoras palabras: "Dios existe:" palabras repetidas tantas veces cuantos son los objetos que nos rodean. Las perfecciones de todo género que se observan en ellos, demuestran la existencia de un principio de perfección infinita; la evidente imposibilidad de darse el sér á sí mismos, manifiesta un Criador Omnipotente, y la necesidad absoluta de auxilio para no perecer, publica sin cesar la Providencia de un Conservador Supremo.

II

¡Sol que presides el dia! ¡Luna que disipas las sombras de la noche! ¡Astros innumerables que, arrojando vuestra resplandeciente luz á distancias inmensas, servís de lámparas en el magnífico templo erigido á la grandeza del Eterno! ¿quién dictó las leyes de vuestros movimientos? ¿Quién trazó en esos espacios inconmensurables la ruta que invariablemente seguís? ¿Quién encendió vuestra claridad inextinguible?

Y vosotros ¡soberbios montes, cuyas cumbres se pierden en las regiones de la tempestad! ¡Cedros gigantescos, que resistís sobre las erizadas rocas el rudo impulso del huracán! ¡Rios caudalosos, cuya espumosa corriente se precipita entre peñascos para deslizarse después, suave y adormecida, en el fondo de los valles! ¿quién imprimió en vuestro sér ese aire de grandeza, de sublime y encantadora poesía?

El mismo, me direis, que levanta las olas del océano, y que lleva el relámpago en su diestra; el mismo que con el peso de los frutos encorva en el otoño los ramos de los árboles, y viste los prados de flores en la primavera: el mismo cuyo pleno dominio sobre tí y sobre todo lo que existe, jamás podrás negar impunemente; porque de Él has recibido cuanto tienes; porque sólo Él puede dar lo que te falte; porque Él es tu fin último y tu verdadera felicidad.

III

Toda la naturaleza hace esta solemne declaración al hombre, y éste, despojándose de la ilusión y vanidad que tantas veces cubren sus ojos, conoce y medita los grandes deberes que de él exige el Árbitro Soberano del universo. Grabada en el fondo de la razón humana la idea innata y consoladora del Supremo Sér, y de los deberes fundados en la naturaleza misma del hombre, debió existir en todas las edades y en todos los países, una forma de-

terminada de orar, un altar y un culto, un sacerdote y un sacrificio. Sobre la inteligencia humana, es verdad, esparcieron el pecado y la maldición divina, densas tinieblas que le impedían reconocer á *El que es*, y darle el culto digno de su grandeza, pero jamás llegó á extinguirse del todo ni en uno solo de los hombres la luminosa idea de la suprema verdad. Regístrense las páginas de la historia. En los siglos que tocan á la cuna del mundo, aparece esa dilatada serie de patriarcas, que, desde Abel hasta Noe, y desde Noe hasta Moisés, no obstante la postración y abatimiento de la naturaleza humana, merecieron la protección especial y la predilección de la Divinidad ofendida, y conservaron la idea perfecta del verdadero Dios, tributándole los justos homenajes de su amor, de su respeto y agradecimiento. Entonces los primeros frutos de la tierra acabados de recoger, y los pequeños corderos escogidos en el rebaño, eran las hostias pacíficas, que, ofrecidas en la sencillez del corazón, daban un testimonio solemne de que la criatura reconocía al Criador. Abel ofreció á Dios lo mejor de sus ganados; Cain los frutos de los campos, en su primitiva excelencia y lozanía; Noe, saliendo del arca, levantó un altar de gratitud sobre la húmeda yerba; Melquisedec presentó en holocausto panes y vino; Jacob, en fin, derramó vino y aceite en sacrificio, sobre la piedra en que había reclinado la cabeza y visto en sueños ascender y descender los ángeles de paz en la escala de su misteriosa visión.

Y si, por otra parte, la multitud era llevada por la corriente del mal, y toda carne había corrompido sus caminos, nunca, sin embargo, llegó á perderse la idea de la verdad, aunque envuelta en los desvaríos de la razón humana degradada.

Uno solo, entre todos los pueblos, invocó más tarde y tributó sus respetuosos homenajes á Jehová. Las promesas hechas á Abraham tuvieron su más exacto cumplimiento, y el pueblo escogido, comparable en su número á las estrellas del cielo, visiblemente protegido de Dios y depositario de la fe de los patriarcas, conservó al través de sus aberraciones las prácticas del culto verdadero, y los símbolos de la ley futura de gracia.

"Dos especies de sacrificios, enseñados y ordenados por Dios mismo, tenía el pueblo hebreo: los sacrificios que se hacían derramando la sangre de las víctimas, y los incruentos, como el sacrificio de la flor de harina, de perfumes, etc. Todos los antiguos sacrificios servían para demostrar á Dios, con estos signos externos, el sacrificio interno del corazón, y también para figurar el sacrificio ofrecido por Jesucristo sobre la cruz, y que se continúa sobre los altares por todo el mundo. Los sacrificios de los animales inmolados y muertos, significaban á Jesucristo que debía ser inmolado sobre la cruz, y por ésto Jesucristo es llamado en el Apocalipsi: *cordero muerto desde el principio del mundo;*[1] porque era en cierto modo inmolado en todos aquellos animales, pues que su sangre y su

1 Cap. XIII, 8.

muerte futura daban todo su valor á aquellas víctimas antiguas, para hacerlas gratas á Dios."[1]

En medio de las doce tribus de Israel se levantaba entonces grandioso y magnífico el primer templo erigido al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, y cuyas formas, dimensiones y ornato fueron declarados por Dios al legislador del pueblo judaico. Allí los panes de proposición y el propiciatorio; allí el candelero de oro y el arca de la alianza; allí, en fin, el altar de los holocaustos, la vara de Aarón, sumo sacerdote, y la urna del maná. Allí el olor de las víctimas que se consumían sobre el altar, y el aroma del incienso, se elevaban al cielo cuando el astro del dia asomaba en el Oriente, y cuando escondía su frente radiante en el Ocaso.

IV

Entretanto los siglos trascurrieron: cumplióse la plenitud de los tiempos; y cuando César Augusto empuñaba el cetro romano, y la antigua Roma llegaba al apogeo de su gloria, en una fria noche de invierno, y en un rincón de la Judea, resonaron los gratísimos cantares de los ángeles de paz, que la anunciaron á los hombres, después de glorificar á Dios en lo más alto de los cielos. En el humilde pesebre de Bethleem había nacido el Deseado de las naciones.

Desde allí hasta el Calvario, una huella lumi-

1 Martini. Instrucción sobre la Eucaristía como sacrificio.

nosa de bondad y beneficios. ¿Y en ese monte, elegido por la Justicia, preparado por la Misericordia y rociado con la Sangre Divina, qué se ve? El sacrificio de valor infinito que borra los pecados del mundo. Allí termina su carrera mortal el Reparador Divino, Bienhechor universal, Legislador y Rey; allí, enarbolado en la cruz que Él mismo había llevado sobre sus hombros, exhausto de fuerzas, harto de oprobios y tormentos, habla al mundo, y la naturaleza toda se conmueve; allí, en fin, para darnos la vida, exhala su aliento postrimero.

¡Oh sacrificio en que sirvió de altar la misma tierra delincuente, en cuya expiación fué ofrecido! En él todo es único, todo admirable, todo inaudito. Sólo por él pudo el hombre volver á estrechar la mano amiga de su Dios. Sólo por él pudo la naturaleza humana entrar en la posesión de los derechos que había perdido á la herencia del cielo.

Pero menester fué que el Justo por esencia se revistiese de las apariencias de pecador; que se humillase sobre la tierra el que reina con infinita majestad en el cielo; que se sometiese el Supremo Autor de la vida á pasar por las puertas del sepulcro, para sellar así la libertad del hombre, para emanciparlo de la muerte y del pecado, para encaminarlo á su verdadero destino, en la vida de la gracia, de la gloria y de la inmortalidad.

V

No eran, pues, ni podían ser suficientes para fines tan grandiosos, los imperfectos sacrificios de la ley antigua: era ineficaz la sangre de los toros y de los machos de cabrío, para desarmar la cólera del cielo, ora por la condición misma de las víctimas, ora porque los sacrificadores, aunque designados por el mismo Dios, estaban envueltos, sin embargo, en la maldición universal. Sólo en el sacrificio de la cruz hallamos una expiación plena por su santidad y objeto; sólo en él se identifican el sacerdote y la víctima; sólo en él existe el secreto misterioso de la restauración moral de la humanidad.

¡Feliz mil veces la culpa que mereció toda la magnificencia de un Redentor tan ilustre! Sin ella, jamás se habría divinizado nuestra miserable naturaleza; jamás los que por ella vivimos en el dolor habríamos visto un modelo de heroico sufrimiento; jamás se habría dilatado tanto, si puede así decirse, la efusión del amor que tiene al hombre el Supremo Hacedor. Lo amó, sí, de tal manera, que no vaciló en darle á su mismo Hijo unigénito. En Él recibió el mundo un Maestro que lo sacase de la profunda ignorancia en que yacía sumergido; un Rey que le dictase leyes justas para no seguir más en manos de su propio consejo; un Conductor que lo llevase sano y salvo á su verdadero destino.

¿Y le pareció bastante haberlo dado una vez?